

Todo empieza como con un guijarro.

Te frota, te acaricia. Tu aspereza va desmayándose en las palmas de sus manos, entre sus dedos absortos en tu bruñida lisura de almendra lunar. Su tacto descubre tus vetas más finas, tus más mínimos sitios coloreados y encendidos, tus fuegos de artificio más púdicos y secretos. De tan fluido, el guijarro se hace espuma. Se desnuda en aire.

La fiebre era un rumor de terciopelo cárdeno, una oscura reverberación de fosfóricos peces abisales. Arrancaba de la piel, delicadamente hacia dentro, pulsando música delgada en todas las cuerdas de un arpa de vidrio, desbaratando en su piedra lumbre las aristas de tu rostro.

La fiebre, como un coro ametrallado o una niña loca tras un aro invisible, bajando hasta el helecho, corriendo por países que no están en los mapas, como pulpo de seda derretida, agobiada por sus innumerables ventosas calidoscópicas que no pueden asir el mar de cambiantes presencias simultáneas, como si la geología se subvirtiera explicando con objetividad, en un instante, sus metamorfosis multimilenarias. Y una máscara de hiedra ardiente, canto de flauta enjuta, contumaz y trémula, ungida minuciosamente sobre el desollado rostro sobrecogido ante el tropel de luceros saliendo de las madrigueras del caos.

Con voluptuosidad sientes cómo empiezan las dúctiles texturas del delirio. Te cubre de besos inefables. Su cántico es modulación de musgos. Va fundiéndote capilarmente. Fundiéndote como una vela en el codiciado martirio de la llama. Incineras el mundo en ti, contigo, en mil violines solares. Eres un arroyuelo entre las sábanas. Tu memoria se hace sueños y profanaciones, y estás subido sobre tus hombros.

La sangre redobla convulsos tambores en tu frente. Feliz escuchas su redoble creciente, desparramando su torrentada por todo el cuerpo, más allá de tu cuerpo. Salida de madre, desentraza tus mitologías, te ahoga en ellas, engulle grandes sorbos de su aguardiente y subes a los minaretes y bajas a los corales.

La habitación aún no ha derribado sus muros, no abierto el techo, abolido el piso. En su lugar siguen aún las sillas y la mesa, sin irrumpir en la zarabanda que dispone la fiebre. Aún están silentes y apacibles, dormidas con un ojo entreabierto. Aún no flotan en el océano que principia a rodar sus olas bajo el lecho. La marea va vertiendo más instrumentos en su melodía. Tomas una madera rumiada por el mar, angustiosamente retorcida y ciñes tu cuerpo erosionado con tus diez llamas digitales.

Un gran vuelco subitáneo. La marea ha hecho estallar tu dormitorio. Olas montañosas, silenciosas, esponjosas, sordas, oleaginosamente tardas, oh abandonado, hijo de niebla y frenesí, te esparcen sobre playas desconocidas. Una cuña de diamante entre tus cejas. Se enciende un día de mil soles.

Como un palenque de sed el cuerpo, te abrazaban, te abrazaban las fulmineas fiebres de la infancia, densas de multitudes de los cementerios que rumian niebla de arena.

Como guijarro jabonoso, espumando silencio y sol.

Abrias de par en par las ventanas a una corola de torres, obsesiones y planetas.

Te desfibraba tu alucinación.

Gozabas con sentirte zebrado de calosfríos, revolviéndote en la hoguera, ahíta la cabeza de luz cegadora, navegando en tus veleros, como lo quiere el fuego, contra el minucioso oleaje brutal de las sábanas iracundas.

Eras un vítreo temblor acezando ante las islas del tesoro de las manchas de humedad en el muro.

Agudos ríos de sudor se te juntaban en el vientre, en el cuello, en las piernas, en la espalda, alambrándote con fluido metal desesperado. Corrían melifluos por los sobacos y las ingles, como los altos témpanos sonámbulos que surcan los océanos infinitos del moho de las paredes, entre sirenas pertinaces, cayendo macerado en bolsas de silencio en el ámbito de tus travesías con el oso polar, los perros sabios del circo ambulante y la bailarina, peonza de alfeñique y de sorpresa entrecortada por un surtidor de pájaros.

Un mundo sin puertas, un doliente fervor tonante y poderoso. Transparencia sin fin en los miembros crispados. Agarrándote de algo que escapa, un vértigo roído y sin arrugas te descorporiza y te sumerge otra vez en la lectura marítima de las gárrulas manchas de humedad en el muro, suspenso como el cazador prehistórico ante los animales pintados en su caverna.

¿Por qué se empeñan en sacarte de tu gruta de dulces ángeles caníbales, si no quieres salir de ella?

¿Por qué se empeñan?

Eres más amigo del dragón de ácida furia amarilla que del médico buscando extinguir tus cataratas, arrastrarte a su páramo, triturar tus musgos erizados.

Te sientes profético y sonoro, y amas el júbilo de tu arrebatada dispersión, fuga de hormigas de granito y sombra, desvanecimiento en la noche inmortal de los minerales.

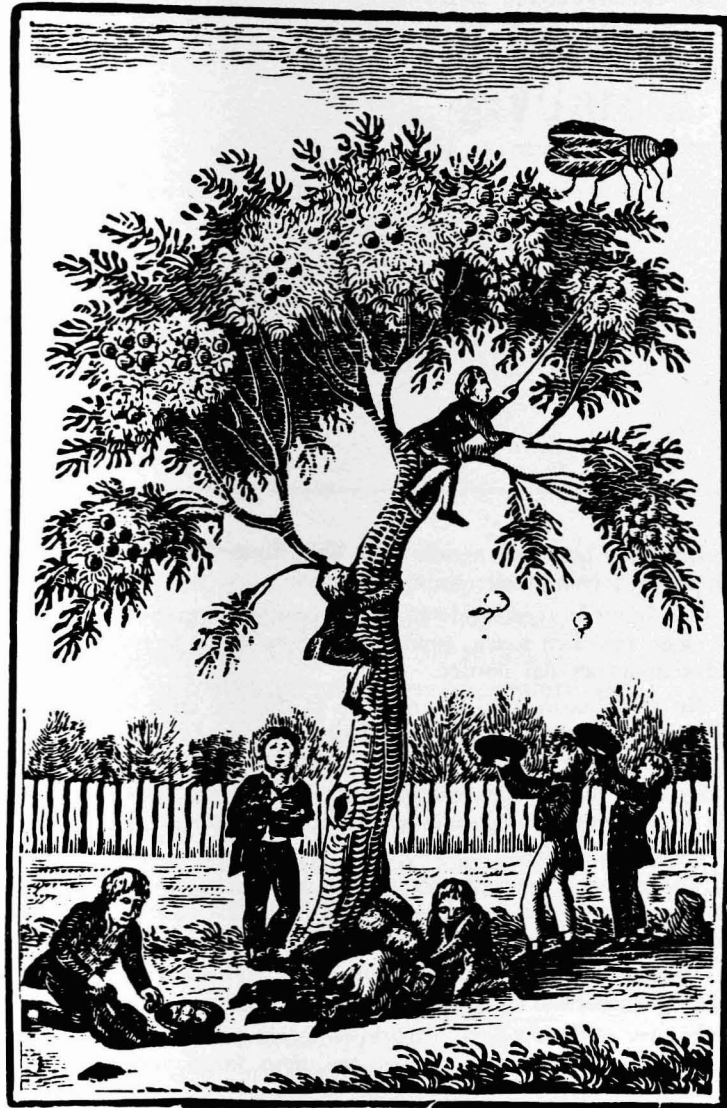
Feliz, como nunca lo has sido, en aquella jaculatoria de tu niñez huracanada con una potencia que te hacía incandescente y te licuaba viajando entre el bacín, el vaso de agua y los mares de los mapas.

Enormes grietas, abismos con puentes de espasmos, más azules que la ira, se tallaban en tu cuerpo carcomido, tañendo estruendos de aceite bajo esferas flamígeras. Desollado en música petrificada, hendido por galopes de montañas, en un espacio nostálgico del mundo ya no visible por la aterida transparencia infinita de la floral proximidad de la muerte.

Delgadísima cuerda vibrando de sed, ya casi satisfecho, como un júpiter empuñando un haz de sus yos dispersos, a punto de bastarte la metamorfosis perpetua, cuando un flagrante paisaje mineral de labios de pólvora propónete la fiebre, y tú besas la nueva llaga llorando de gozo y te prendes del vellón de su canto.

La estancia se conmueve con festines de abejas que repujan veloces continentes polimorfos y elásticos.





Un campanario de oscuros gemidos echado a vuelo en ausencia sin límites, lívida y parda, con relente de arenosa canción autócrata.

De pronto, a pique en la suavidad morada de otra interminable bolsa de silencio estridente.

Tu ridículo sombrero cubre la cabeza del perrito sabio.

Olvidados blanquean los huesos en el horno, oboes de absorta harina soñolienta, tendidos largamente a tu lado, como a orillas de un río con marmóreo olor de luna.

Te duele vaga, tierna, muy tiernamente, más allá de tu cuerpo, el aire, los muros y el piso que ceden y se ensanchan como tu cabeza sideral.

Una tromba de hierba y números recién cortados sacude el velamen del lecho a la deriva, y con ágiles aturdimientos te ases a tu ardiente soledad, como a una resurrección que se te escapa.

Hablando solo, dando órdenes como almirante disecado a quien el delirio de las paredes leprosas no comprende, hablando solo entras al túnel, y con alegría capilar te precipitas en la noche brutal del pez en seco.

Un halo frío nimba tu cabeza arborescente en la que late un coro fluvial de venas y arterias profundas.

Enormes círculos orgullosamente quiebran sus pálidos ruidos irisados dentro de la burbuja de la habitación, y te arrastran y hunden su espiral melódica en el agujero que dejó un clavito.

Viajabas dentro de ti, recorrías tu cielo, bajabas a los túneles de cal de los huesos, y más allá de la noche tocabas las ardientes maderas del otro lado, y te destruías y reconstruías, labrando tus olas, constantemente renaciendo, constantemente agonizando. Una ola inmensa sola con memoria de pájaro, con nostalgia de ahogado, olvidadiza y perentoria forma canicular de presencia tiránica, invencible en ti, porque tenías adentro el mar y eras el mar telúrico de la fiebre y estabas en su himno y en ninguna parte.

Todo es atónita, viscosa, pesada materia que asciende con lentitud soñando golondrinas, manantial de luz esbelta que sabes que asciende porque mucho mapa te despliega en el milagro de la madrugada.

Llueve torrencialmente dentro de ti, oh abandonado, sobre las abiertas alas de tu boca, amoratadas y tenebrosas, mientras repiquetean todos tus címbalos en la barroquísima violencia de tu incendio jocundo.

Santa Claus, barbón y borracho como rey asirio, quiere sentarse al borde de tu cama y entinieblar con cifras negras los pizarrones blancos. Se quita la máscara y aparece el carpintero de la esquina, y tu abandonas los juguetes y te marchas burlado a llorar los añicos de tus sueños.

Crece la difusa lepra pavonada del foco del dormitorio del internado, y estás dentro de él, embebido de asombros, concreto como una manzana, irradiando tenaz, mentirosa y lacia luz azul.

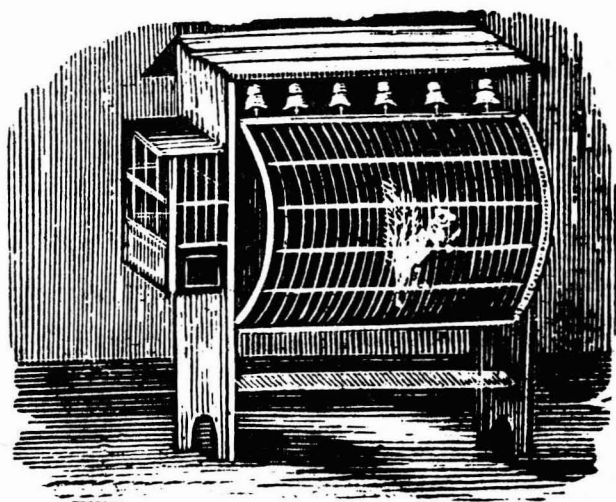
Los iguanodontes saltan del mapa a husmear el gato peripatético que duerme en los pies del lecho, caliente cafetera perdida en el amor de las mariposas, que te hace desear un mantecado que el sol trastrueque en charquito de azúcar, como húmedo remordimiento de diminuta mala acción.

Otros enormes saurios se debaten jadeando por el salto en el tiempo y las enredaderas de oxígeno que los cubren y estorban, como la malla del gladiador al tigre, de pronto pobre insecto de impedidos miembros poderosos.

La abuela seguía muerta. No se había fatigado de estar muerta. Quería el sueño de la piedra antes de la estatua, como si recordara su calavera de hipocampo recién nacido. Los cirios ardían sin perder un milímetro de su estatura, quemando quién sabe qué, mientras las primas, untadas de frambuesas, formaban un corro bélico de pielesrojas, cuando la tía en tromba penetró a cancelar el bullicio, porque la abuela, siempre tan importante, aún seguía muerta, aunque el parecido con la tía fuera tan extremado que necesitábase verlas al mismo tiempo para saber quién estaba muerta y no decirle abuela a la tía, de la cabeza a los pies de negro como paraguas viudo que cumpliera eternos votos funerarios.

Pero la tía soltó una carcajada por las primas teñidas de frambuesas, antes de desorganizar el corro de gritos rebanados





con palmadas sobre la boca, olvidándose del cadáver en la habitación contigua, con tanta soltura riendo que también pareció tinta en frambuesas por el rubor volcánico que súbitamente la incendió al recordar a su madre muerta, como avergonzada de la impetuosa invasión de su alegría, no obstante su inmenso sufrimiento, y se sorprendiera vestida de amapolas.

La fanfarria de la fiebre, alta y cordial como la prima alta y cordial, conservábase pareja como la inmóvil luz pensativa de los cirios amarillentos, conduciéndote de apartadas épocas geológicas a tus horas actuales, hundiéndote y remontándote, igual a los ludiones del charlatán de feria, no lejos de los embudos rosados de los fonógrafos que transferían una canción que enterreciera a los cocodrilos.

La canción era una bandada de pájaros ciegos revoloteando por la estancia, mientras tu memoria submarina, con molicie de desorden y adustez de examen de gramática, goteaba miel de caramelo quejumbroso, con la cual se entretejían zozobras de perros aullando como aztecas derrotados.

Orondos como toreros, los grandes frascos de colores que anunciaban las farmacias proyectaban larga cola sobre el muro, jugando con el implume arcoiris cautivo y hablando al propio tiempo, sin entenderse, siderales y apacibles, desatentos a las horas y las estaciones.

Por la noche, cuando las farmacias habían cerrado, Antigua Guatemala era un cirio que acababa de recibir la puntilla, en donde los muertos tienen alas de polen extraviado y ansias de nubes remotas, los frascos de colores se iluminaban y descendían de sus pedestales, alertas a los pasos del farmacéutico, para saltar a su sitio, sin que éste descubriera al día siguiente que el sol verde no navegaba junto al rojo, sino entre el amarillo y el morado, distante del azul que lo desteñía con su fatuo reflejo.

A los caballos los cosquilleaba el río con pececillos oscuros que solían gozar ligerísimos estremecimientos de níquel, como si no supieran sonreír de otro modo. Nada era más alegre que ese discurrir de agujas desveladas, súbitos chirridos de luz entre las piernotas de los cuadrúpedos, que parecían bañarse en el Mar Rojo y hubieran de convertirse en grandes frascos de colores de las farmacias, porque al extraerles la estopa a las muñecas se comprendía la pesadumbre de las fieras disecadas y la vergüenza infinita de los espantapájaros.

Ahora recorres cielos a pique deslumbrados de silencio en el centro de la tierra, como gaviota en un témpano de música.

¿Quién te arroja por el aire, indecentemente despatarrado, como las muñecas obscenas de las hermanas?

Es la tristeza blanca de una medusa gigante y no una indolente nube oblonga.

Entras en el circo.

No hay red bajo los fosforescentes acróbatas volantes de los trapecios.

Arrecifes de coral estercolados por los astros.

Vestido de escamas ígneas, tu cuerpo es un combate de en-

redaderas y peces de agonía que libra tormentas sobre puentes de humo, interminables como insomnio.

Con húmeda ternura de batracio, pasmado y anhelante, como el ciego mendigo maya, sonámbulo vives siglos frente a las nítidas imágenes del vórtice.

No se ha extinguido la velita en la diestra, cielo en una sola estrella, oh abandonado, a pesar de que diluvia como si alumbrara un sol de agua.

Se disuelven las efervescentes cartas de la escuela y un rebaño de dinosaurios de ronco olor angélico, sin mover el ámbito, corre por la luna morada.

Te has hecho yunque de olas transparentes, y percibes bajo la trama sanguínea, las vísceras y los músculos, la antártica orgía fulminada del esqueleto.

No usas escafandra sobre tu traje de pielroja, como el ángel negro acurrucado en su rincón como una axila.

El mar es duro y leal. Y tú lo rajas sin vigor a cada paso. Y se suelda a tu espalda, con untuoso, ileso, largo, liso silencio silencioso de serpiente emplumada.

Y todo ondulaba como de miel espesa, con ingravidez de pesado cuerpo sutil, rubor de plomo, musgo pétreo, en donde sonreías larvario en tu limbo, queriendo dormir un sueño de campana sepulta, quemadura del aire, ulceración distante de la noche granítica remontando a su fuente.

Placenteros segundos de musical rumor amarillo subrayan la insania de nuevos aludes, previas conexiones efímeras para un acrecentamiento de los relámpagos yacientes del divagar.

Un gran ojo desértico vierte sus odas de lava ante la dulce gracia tierna y compulsiva de lo horrible.

Ninguna lentejuela de dolor en la calma profunda de ser otro y aparte, echado junto a ti en el crepúsculo de una rosa de sonido nacarado, imperceptible y altísimo.

Aliento manso de sombra húmeda y limones, de lluvia y cuerpo exangüe.

Las selvas estivales de tu fiebre sonríen en mínimas vibraciones verdosas de millares de violetas y naranjas varios, flagelándose con orfeones de súbitas espadas púrpuras y azules, breves oros danzantes, pleamar del fuego, de repente laminada ciénaga.

Con la boca abrasada, emerges sofocado de lucidez, trémulo y perplejo, ante la inmersión en el acuario en llamas.

Bebes con denuedo el Atlántico del vaso de agua y pides otros mares.

Te frotan con vinagre.

Su olor cresco multiplica tu deleite tornasol.

Amaina la fiebre.

Te derumbas en el sueño, resolviendo teoremas de musgo y estupor.

Ya sólo eres un gemido embarrado sobre las sábanas.

